**Guerracivilismo**

Aunque la mayoría del pueblo español no haya estudiado nunca el siglo XIX, cada día del siglo XXI toman asiento en el hemiciclo parlamentario los mismos perros con distintos collares. La forma misma de hacer política parlamentaria en España es más de lo mismo, un cinismo tribal hecha por parlamentarios que llegan cada día al Parlamento con un bidón de cera en sus respectivas orejas (no oyen: no pueden ser oídos). Quien diga que eso es cosa del pasado ni conoce aquella historia ni esta nuestra. La mitad de las cabezas de España embiste contra la otra mitad, decía el poeta, y el resultado es una historia de España de cuerpo presente. El mismo asaltante del Capitolio de Trump vestido de bisonte con cuernos de guerrero vikingo: una buena portada para España, cuyo nombre molesta incluso a quienes prefieren llamarla *este país*, o sea, mis propios textículos a los que agarrándome juro. Veo las mismas caras, mutadas pero resurgidas: el mismo odio, una España cainita. Me atrevería incluso a decir que seguimos lidiando los mismos toros en la misma arena del mismo Ruedo Ibérico. Media España torea a la otra media con el mismo capote de engañar y el un pueblo embiste y cabecea buscando teñir de rojo la taleguilla del torero, aunque de azul también se mata. Y el pueblo enardecido clama a gritos pidiendo oreja, pata y rabo para el morlaco estoqueado, mientras aplaude el arrastre de las mulillas y el garbo de los mulilleros. Esto es España, aunque a la vez *esto ex Expaña*. Y es tanto el dolor que me embarga, que se me hiela la sangre y hasta las palabras me faltan para gritar mi estupefacción. Españoles: esto no tiene remedio.

Cualquier época nos resulta hoy, platirrínidos sin pasado, una carcasa vacía, lo que nos obliga a repetir los mismos errores con pelos y señales. Casi el cien por cien de los personajes importantes, protagonistas o antagonistas, están enterrados y ni siquiera conservamos las claves hermenéuticas que pudieran abrir sus sepulcros. Y esto por no hablar de los burócratas, turiferarios, bacineros, lacayos y administrativos, que empiezan por tener aspiraciones y terminan por tener sistemas cenicientos a los que sirven a cambio de cualquier garbanzo. Y esto por tampoco hablar de los modernos y postmodernos que trasladan a sus enemigos la propia intolerancia y a los amigos la propia beocia, muertos en vida. Para que se me entienda mejor, de toda esa caterva de obtusos que al referirse hoy a los antiguos no hacen sino reflejar su propia obtusión. La misma madera de sectario que cierra el cajón de sastre de sus pensamientos hostiles con clavos descabezados y sin punta.

Mi equidistancia es absoluta respecto de los que portan la red que respecto de los armados con tridentes esperando la bajada del dedo del César. Con lo cual tampoco deseo hacer equivalentes equidistancia con objetividad: se puede estar equidistante de lo uno y de lo otro y a la vez vivir en la indecencia, pues situarse a la misma distancia de dos errores sin luchar por superarlos es una forma de perseverancia en el cinismo moralmente execrable: cada mochuelo a su olivo. Por ese motivo me displace dividir la historia de España entre los hábiles en el manejo de la cruz y los hábiles en el de la hoz y el martillo, pues los *hunos y los hotros* resultan expertos en manejar el tridente, con cuya herramienta se machacan entre sí unidos por una misma saña.

Desafortunadamente para los españoles y españolas ecuánimes, que nunca han faltado, la herramienta simbólica de España sigue siendo el tridente, un tridente con más filas de dientes que los tiburones. Resultado: todos tridentinos, desdentados, llenos de oscuras cavernas como caries del alma y del cuerpo. Al ver el espectáculo fuera de la empalizada, y a pesar de ello salpicado por los farrucos de ambos bandos, no puedo por menor de recordar al poeta aquel que a la vista de los cinco dientes de su crecedero hijo pequeño evocaba la frontera de los besos: frontera de los besos serán mañana, cuando en la dentadura tengas un arma.

Desde que vine al mundo, el sol se ha puesto cada tarde en las bardas de España con la última pedrada reflejada en la paleta mágica de don Francisco de Goya, pintor del guerracivilismo y de la quijada de Caín manejada como maza contra su hermano. En España quien a quijada ha asesinado también a quijada ha muerto. Yo al menos viví mi vida antes, durante y después de la quijada, siendo mi cuerpo un hueso esquelético derivado de ese quijadazo en el año 1944, una de las dos quijadas iba a helarme el corazón, qué digo una, las dos. Aún no tengo dónde reclinar la cabeza, ni dónde caer muerto. Y perdón por la jeremiada. Sea como fuere, si amamos a España, es porque no nos gusta.

Hace ya bastantes años un señor escribía en el diario ABC: “Yo soy santanderino, de Torrelavega, y siempre me he sentido orgulloso de serlo. Santander y su provincia siempre han sido cuna de hombres y mujeres ilustres que dieron buena fama y resplandor a España, lo que ha hecho que los santanderinos nos sintiéramos más orgullosos de haber nacido en esta tierra. Pero usted, señor Ussía, me ha aguado esta ilusión al contarnos en su columna que el obispo Setién también es de mi tierra. Yo ya había dejado de consignar en la casilla de la declaración de la renta la X para la Iglesia Católica porque no quería que el Setién percibiese de mi dinero ni un céntimo, pero ahora voy a dedicarme a convencer a mis amistades, que son muchas, de que hagan lo mismo mientras que este ‘señor’ figure en la nómina. No es necesario que haga calificativos de este ‘señor’ obispo, pues ya se encarga él solito de hacérselos. Lo malo es que con su forma de hacer y decir está pudriendo las mentes de muchos católicos. Afortunadamente no la mía, porque para ser cristiano no le necesito ni a él ni a los que le protegen, permitiendo que siga vistiendo sotana”.

Tormentosa y preñada de amagos fue la noche del 1816. Por las cercanías de los Estudios de San Isidro oíase cantar a un ciego al son de la guitarra:

*Muera Cristo,*

*viva Luzbel;*

*muera don Carlos,*

*viva Isabel.*

¿Y gentes tales fueron alguna vez paladines de la Católica España? Lo malo es que así seguimos, desgraciadamente, blasfemando a derecha y a izquierda. Los nuevos martillos de herejes de los viejos martillos de herejes: España a martillazos

Carlos Díaz

Gente de mi edad, nacida en 1944, ha pasado por todo. Se ha desayunado en los cuarenta y cincuenta con una España *católica apostólica romana* cuna de la cristiandad y defensa espiritual de Europa, también martillo de herejes, una España cuyos niños -a falta de Tele que los divirtiera, porque aún no se había inventado- hacían suyas las aventuras del cristianísimo cruzado Guerrero del Antifaz frente a musulmanes y sarracenos, y las de aquella pareja formada por el educado Roberto Alcázar y su avispado ayudante Pedrín, enzarzados contra quienes pretendían empañar el buen nombre de la patria; una España en cuyas escuelas se hacía patria mañana y tarde; una España cuyo clero sermoneaba hasta en la sopa y *cum longa manu* censuraba aquellos besos robados en las películas de cine; una España bajo la advocación de los Reyes Católicos porque eran católicos y de Franco por ser un supuesto caudillo de la cristiandad; una España de congregaciones marianas, rosarios en familia.

**Las dos Españas religiosas de 1890**

**Seis grupos de católicos**

*Los prudentes*

“Aman a su patria sin odiar al extranjero; responden con breves y dignas palabras a los ataques de sus adversarios; penetran con cautela en los encrespados confines que separan las cuestiones religiosas de las políticas, filosóficas y científicas, y huyen de discusiones estériles y de vanas controversias. Cuando el católico prudente se halla dotado de clara inteligencia, grande instrucción y cabal conocimiento de las miserias humanas, representa en la tierra la mayor perfección espiritual que plugo conceder para este mundo al Todopoderoso; siendo verdaderamente prudente, aun sin grande ingenio ni superior ilustración, es comparable a los serafines, pues la ternura de su alma y la rectitud de sus intenciones le guían acertadamente en la práctica de todas las virtudes. Exiguo es, en realidad el número de los católicos prudentes. No obsta sea exiguo el número de elegidos para que, por sí solos, impregnen su santidad todos nuestros momentos religiosos, todas nuestras suntuosas catedrales; y de ahí que donde uno de ellos se encuentre, ahí estará lo más digno, lo más respetable, lo más sublime que pueda hallarse sobre la tierra, cual es la viva encarnación del más puro, del más alto, del más bellísimo sentimiento: el sentimiento de la piedad cristiana.

*Los bullangueros*

Es el católico bullanguero intransigente por naturaleza, amigo de polémicas, incansable propagandista de sus ideales, socio de diversas cofradías, aficionado a distinguirse en las fiestas. Ve milagros por todas partes, diviniza a los santos y beatas, cree en diablos, brujas y apariciones, y piensa que el Supremo Hacedor está jugando constantemente a la pelota con este mundo sublunar. Si ningún tonto cree serlo, pues en cuanto notase que lo era dejaría de ser tonto, ningún católico bullanguero, por bullanguero que sea, deja de considerarse como católico prudente, pues si prudente se volviese dejaría de ser bullanguero. En un país de tanta fantasía como el nuestro, el número de católicos bullangueros parece infinito. Así deben ser esos que el vulgo dio en llamar obispos de levita, más papistas que el Papa, acérrimos defensores del poder temporal y empeñados en dar torcida interpretación a la doctrina de Cristo ‘Dad a Dios lo que es de Dios, y al César lo que es del César’. Al grupo de bullangueros corresponden también esa turba multa de Zoilos, Silvestres y Campazas, que desde púlpitos y tribunas escandalizan con sus imprudencias a cuantos tengan sano juicio predicando el exterminio de los liberales, hartos y desengañados de ver que no consiguen convertirlos, sin reparar que son ellos quienes hacen abominables cuantas causas sostengan y defiendan, por sus airados ademanes y sus voces destempladas, por sus terribles maldiciones y sus peregrinos argumentos, escudados con infinidad de citas de textos sagrados que no saben traer a colación en momento oportuno. Bullangueros sanguinarios son los que inducen a los fieles a contiendas intestinas, so capa de defender el cristianismo, religión de paz, incompatible con la ira de los clérigos guerrilleros. Y, por fin, en el mismo grupo de bullangueros entran las mojigatas de todas las clases sociales, así las que dejan sus soberbios coches en las puertas de las humildes iglesias, como las tapadas con negro manto que se deslizan por calles y encrucijadas, con los ojos bajos y el paso acelerado a la ida, de marcha lenta y vagas miradas a su regreso; todas ellas gruñonas, todas ellas armadas de rosarios y libritos de oraciones, todas ellas furiosamente rezadoras, todas ellas tormento de confesores y desesperación de sacristanes.

*Los apocados*

Son aquellos que por pobreza de espíritu o por repetidas y fuertes amarguras en su existencia, absortos y alelados quedan con los misterios de la fe y dedican el resto de sus días a prepararse para una santa muerte. Almas en pena, cuya virtud principal es el sufrimiento y que únicamente divisan la imagen de la Caridad en oscuros recintos. Encuentren palabras para emitir sus ideas, o no sean éstas susceptibles de expresarse con muchas palabras, respetemos su tristeza y sus meditaciones, y dejémosles tranquilos en el silencio de su pasiva situación.

*Los hipócritas*

Son gente mucho peor que los bullangueros, pues éstos tendrán muy mala cabeza, pero no suelen ser, como son aquéllos, de negro, duro, pequeño o corrompido corazón. En tiempos de paz se escudan entre los prudentes, para hacerse valer como hombres justos; en días de pelea se colocan tras los bullangueros para que éstos reciban los golpes de los adversarios y ser ellos quienes reciban los despojos de la contienda. Distraen a los pobres con pláticas y ejercicios de penitencia y fascinan a los ricos vanidosos con viles adulaciones y cortesanas ceremonias y cuando se descubren sus iniquidades y raterías alegan que el santo fin justifica los medios, por reprobables que parezcan a los ojos de los profanos. En un país como el nuestro, donde abundan los fieles de extraordinaria pereza, de mucha fantasía y de la más crasa ignorancia, siempre tendrán ocasión de prosperar estos mercaderes de los templos.

*Los tibios*

Numerosos y heterogéneos grupos comprenden esta sección, y en primera línea distinguimos los mundanos y los veleidosos, gentes de diversas cataduras y condiciones. Ahí se ven los hombres de negocios que no tienen mucho tiempo disponible para primores espirituales; ahí se comprende la casi totalidad de la gente moza, poco apegada a privaciones, penitencias y largas pláticas; ahí entran las almas de la calidad más ínfima por su flojo entendimiento, su frágil memoria y su adormecida voluntad, que hacen lo que ven hacer y repiten como doctrinos lo que oyen decir; ahí entran los espíritus inquietos e irreflexivos, más variables que los cambios de las estaciones, que aspiran a conciliar lo inconciliable, a saber, la religión de caridad y sufrimiento con las costumbres de molicie y sensualismo, gente, en fin, más inclinada a los placeres que a la piedad, que entregan la carne al mundo y a Dios sólo dejan los huesos.

*Los indiferentes*

No son católicos más que de nombre, pues lo mismo les importa pasar años enteros sin entrar en lugar sagrado, que asistir impasibles a una ceremonia religiosa. Vense entre ellos los padres de familia atraídos por la impiedad, bastante cautos, sin embargo, para permitir a sus esposas e hijas las prácticas devotas; vense los abstraídos por estudios científicos ajenos a la teología, para quienes el culto y las controversias religiosas son jeroglíficos indescifrables cuyo significado no tratan de averiguar, y vense también muchos políticos de diversos partidos, cuyo fondo es el escepticismo y cuyo exterior es el disimulo”[[1]](#footnote-2).

En resumen, “la inmensa mayoría de los cristianos estamos inscritos como cristianos, pero casi todos vivimos como gentiles; y hasta muchos de los creyentes que practican ofrecen a cada paso chocantes y ridículos contrastes entre su observancia ortodoxa para el culto y su trato social, mucho menos piadoso y caritativo. Con acre y burlón estilo muchos escritores de diversas naciones y creencias nos han criticado que, a fuerza de recargar de misterios el dogma y de devociones el culto, siempre ha tenido el cristianismo en España el aspecto de una *complicada idolatría*, divulgándose entre las masas ignorantes un excesivo número de apariciones, milagros y prácticas piadosas, muy a propósito para arraigar la superstición y el fanatismo en un pueblo dotado de viva imaginación y de escasa y embotada inteligencia. A ser esto verdad, el clero en nuestro siglo ha sido poco previsor. Antes de esta época, en que el racionalismo ha invadido hasta los últimos rincones, debió aligerar el argumento de las creencias, no acumular lo sobrenatural; simplificar las ceremonias, no mantener o inventar para varias de ellas ciertas maneras teatrales; impedir o refrenar algunos abusos que más respondían a la codicia que a la devoción, y sin perder un ápice de austeridad, suprimir ciertas procesiones, ciertas romerías y fiestas de caros estilos, sin escuchar la murmuración de los santurrones y las beatas, siempre inclinados a pueriles mogigangas... Dos son las cuestiones, harto discutidas, que más aumentan ahora la decadencia de la fe religiosa: la primera es la incompatibilidad del catolicismo y la democracia; la otra se refiere al poder temporal. Pues pocos son los católicos fervorosos de una parte y pocos son los liberales de otra que no proclaman la citada incompatibilidad, debemos creer en ella de una manera casi infalible. Nos apena que se llegue a este resultado después de tanto tiempo de estériles discusiones, al cabo de los cuales, en vez de seguir los pueblos guiados por el cristianismo, serán envueltos por la impiedad”[[2]](#footnote-3).

Tomás Giménez Valdivieso, otro regeneracionista, esta vez anticlerical, escribe también: “Todo eso de la religiosidad del pueblo español es una pura leyenda. Colocad al frente de España a hombres que no sean católicos, y veréis cómo la religión desaparece rápidamente de aquel suelo. Como uno de los muchos ejemplos que pudiera mencionar, citaré el caso de Acedera, pequeño pueblo sin iglesia porque se derrumbó hace treinta años y no se ha pensado en recomponerla. Las únicas que conservan la fe son las mujeres. Recorred los campos de España, penetrad en los talleres, y encontraréis a millares los obreros que no van a misa ni confiesan. Si les preguntáis si son católicos, muchos de ellos os contestarán afirmativamente, pero no os podrán explicar en qué consiste su catolicismo, ni podréis averiguar cuáles son las creencias a que prestan fe. Ser católicos para ellos es casarse canónicamente, bautizar a sus hijos, y llamar al cura a la hora de la muerte, pero fuera de esos momentos no les habléis de religión, porque no os harán caso, y si queréis convencerlos de doctrinas contrarias a las del catolicismo, os costará poco esfuerzo conseguirlo. No quiere decir esto que no haya en todas las clases y en todos los pueblos personas devotas que se pasan la mitad de la vida orando y haciendo penitencia, pero son las menos. Mientras no desaparezca esa ficción, España no podrá regenerarse. Para fortalecer el sentido moral y las energías de aquel pueblo Es preciso, matar la hipocresía religiosa, que sea una verdad la libertad de conciencia, que no sufra daño ni persecución alguna el que no comulgue en la Iglesia oficial, que aprenda el ciudadano a decir en voz alta lo que cree y que se enseñe a los que no comulgan en los dogmas católicos una moral racionalista. Es posible que, al establecerse en España la libertad religiosa, las iglesias no se vieran tan concurridas y no pudiera mantenerse el culto con la magnificencia con que ahora se celebra, pero en cambio los que acudiesen a los templos serían verdaderos creyentes. La Iglesia en España ha procurado recabar privilegios del Estado; combatiría rudamente al gobierno que suprimiera de las escuelas la enseñanza del catecismo y ha aprovechado su predicamento durante el periodo de la Regencia para restablecer en los institutos de segunda enseñanza la asignatura de religión, suprimida por la revolución de Septiembre, pero como la enseñanza del catecismo en las escuelas y de la asignatura de religión en los institutos es pura fórmula, los españoles salen de unas y otras llamándose católicos y conociendo de nombre algunos de los misterios de la religión, pero no salen poseídos del verdadero espíritu religioso que se adquiere en los centros docentes cuando el clero predica con su ejemplaridad de costumbres y con pláticas llenas de unción evangélica”[[3]](#footnote-4). Y añade: “Los católicos, al ver que las masas nutren los partidos radicales y ellos quedaban sólo con las clases ricas, han querido atraerse al pueblo y han procurado formar sociedades obreras católicas. Un jesuita, el padre Vicent, ha organizado círculos y teatros católicos, cooperativas católicas, y la acción social católica celebra asambleas en las que se defiende al obrero y se ataca al patrono. Todo resulta inútil. Excepto en Navarra y en alguna región donde todavía quedan masas católicas, en la mayor parte de los pueblos, los círculos y cooperativas católicos mueren por consunción. Los obreros no se dejan seducir por las palabras de la acción católica. Ésta les da como limosna lo que ellos creen les pertenece por derecho”[[4]](#footnote-5).

“Parece que un 90% de los españoles se declara católico, según encuestas, pero la mayoría no va a misa. La Iglesia española se ha quedado en un grupo de poder, por su parte dura, y en una escenografía en su parte blanda. Pues claro que España dejó de ser católica. La Iglesia sigue ahí porque nos proporciona un ritual para los momentos cruciales y tópicos de la vida: el nacimiento, la muerte, el matrimonio, la imposición de un nombre, etc. Quiere decirse que nuestra cultura paleocristiana no ha encontrado fórmulas laicas para resolver tales trámites. El tul desilusión, el órgano viejo y catarroso, la sal que hace llorar al niño bautizado, los latines y latones del funeral, todo eso viene a ponerle un crespón de solemnidad a nuestras vidas y muertes, y por eso seguimos acogidos al ceremonial de la Iglesia. La vida de la gente es sencilla, natural, espontánea, anónima, pero una vez en esa vida, o dos, necesitan sentirse reinas por un día, o muertos por un día, y la Iglesia confiere una ejecutoria y una dignidad de guardarropía al muerto o la novia, que así pasan a la historia universal de la mediocridad en unas fotos sepia que se miran en las tardes de lluvia, cuando también el alma se pone sepia.

La Iglesia se ha quedado en costumbre, rito, manía, escenografía, grata e íntima puesta en escena, pero en su parte dura, en sus prohibiciones y castigos, la feligresía ha abandonado a los obispos y al párroco. Los hijos se programan como en un plan quinquenal soviético y la misa del domingo empezó anticipándose al sábado o relegándose a la televisión hasta que ahora se olvida totalmente, porque es puente y hay que coger pronto la caravana. Ni laicos ni religiosos, somos una mierda de sociedad hipocritilla. La religión es una vieja herramienta que ya ayuda poco a triunfar en esta vida competitiva, urgente y consumista que vivimos, pero los católicos son unos *pseudo* que le hacen trampas a Dios y tampoco se deciden a renunciar a él, por si las *flais*. Seguimos siendo católicos, pero sentimentales, y el amor, la concupiscencia, el sentimentalismo propiamente dicho, pueden más en nosotros que los adustos mandamientos del colegio. Todos llevamos una catequesis dentro como llevamos la tabla de multiplicar, mas luego vemos a la Iglesia actuar como grupo de presión, muy incardinada en los poderes terrenales, y eso es que desanima a cualquiera. Y ya se siente justificado para saltarse los primeros viernes. Este catolicismo aguachirle y agua de borrajas que se vive en España no es más que una dulce farsa dominical. Todavía tenemos un premier de misa de doce, pero no por eso los nacionales se han vuelto más beatos que con Felipe González, que era rojo”[[5]](#footnote-6).

En 1891 publica León XIII la encíclica *Rerum Novarum*, que sorprende a los católicos, españoles enzarzados en sus disputas y ajenos a toda actividad social de vanguardia. Aunque continúa su condena reiterada del liberalismo y del socialismo y eleva a realidad de derecho natural la propiedad privada, defiende la existencia de diversas clases sociales complementables en orden al logro del bien común, concediendo asimismo gran importancia al Estado para subsidiar a las empresas deficitarias y para proteger legalmente los derechos del obrero, entre ellos el salario justo y digno, así como el derecho de asociación, con lo que insta a los obreros cristianos a formar sus propias asociaciones, mostrando una clara preferencia por el corporativismo[[6]](#footnote-7).

Los *Círculos católicos*, dependientes de la jerarquía eclesiástica y en buena medida dominados por *patronos modélicos* como el Marqués de Comillas, tan vinculado a los jesuitas, buscan: remediar la apostasía de las masas y propagar el cristianismo mediante obreros ‘honrados y sólidamente cristianos’; luchar contra la blasfemia, contra la profanación de domingos y festivos, en favor de lecturas piadosas, catequesis y prácticas de piedad; crear cajas ‘para inválidos, viudas y huéranos’, cuyo fondo se forma con las cuotas de los socios protectores, socorros mutuos para socios enfermos, cajas de ahorro y montes de piedad (montepíos) destinados a hacer productivas las pequeñas economías del obrero y a facilitarle recursos en los momentos difíciles, cooperativas de consumo y compras al por mayor en común para abaratar los precios, y bolsas de trabajo ‘para aliviar al pobre obrero en sus enfermedades y demás penalidades’; potencial lo cultural y recreativo mediante conferencias; establecer patronatos de la juventud obrera abriéndose escuelas y clases nocturnas de alfabetización y de enseñanzas profesionales. No debe faltar la biblioteca ni la suscripción a revistas religiosas, científicas, literarias o técnicas y se organizan asimismo certámenes en orden al perfeccionamiento técnico-profesional del obrero. En las salas de juego’lícito’ se pasa el tiempo, y si los medios económicos lo permiten se establecen instalaciones deportivas; sustituir el sistema económico y político liberal por otro corporativo de inspiración cristiana mediante la readaptación y modernización de los antiguos gremios con la aspiración de que el Estado los declare obligatorios en un régimen corporativo.

En el caso de Menéndez Pelayo más me gusta su mordaz ironía (lo que destruye) que su mayéutica (lo que pretende construir o apuntalar), y otro tanto me ocurre con sus enemigos, que valen más por lo que estiman menos que menos por lo que estiman más.

Bambolla escolástica

Reflexión previa sobre si este pensador tuvo biografía, pensamiento, o bibliografía.

Es descendente: va de los dogmas de la Iglesia y luego abajo ninguno. Pero ¿qué dogmas?, ¿cómo entendió los dogmas, si además no era un teólogo? Los del Concilio de Trento y a machamartillo, y en ese sentido no fue capaz de superar su época.

Pero tampoco resulta fácil de entender por quienes ni siquiera saben ya teología tridentina, o la han convertido en tridente del demonio olvidando lo que fue el tridentino Concilio de Trento.

Al publicar hoy esta parte de la historia de España representada por Menéndez Pelayo no pretendo echar más leña al fuego ni deseo seguir con el dedo en el renglón de la misma página. Sin embargo, Don Marcelino Menéndez Pelayo es un espécimen y un maestro en ese arte, pero no es un beligerante cualquiera. En primer lugar es un sabio, yo al menos así lo conceptúo, como tantos otros autores del signo que hayan sido. Un sabio que retuerce argumentos y que llega incluso a deformarlos. Esto también lo concedo. Veo a don Marcelino vestido con el mono azul de deshollinador batallando contra la suciedad de las chimeneas de sus adversarios, y no para dejarlas limpias de hollín, sino para demolerlas a martillazos: una mezcla de bombero apagafuegos de lo enemigo, y al mismo tiempo una espada flamígera. Un adversario, en cualquier caso, terrible. De resultas de lo cual imagino en segundo lugar a don Marcelino vestido con cota de ellas, con cota de mayas y al asalto

En la Academia de la Historia leyó Llorente en 1812 una Memoria histórica sobre cuál ha sido la opinión nacional de España acerca del Tribunal de la Inquisición: “¿A quién se hará creer que Fr. Luis de Granada, por ejemplo, no cedía a más noble impulso que el del temor servil cuando en el Sermón de las caídas públicas llamaba a la Inquisición *muro de la Iglesia, columna de la verdad, guarda de la fe, tesoro de la religión, arma contra los herejes, lumbre contra los engaños del enemigo y toque en que se prueba la fineza de la doctrina, si es verdadera o falsa*? ¡Singular prodigio histórico el de una institución impopular que todos aplauden y que dura tres siglos! ¡Cualquiera diría que los inquisidores no salían del mismo pueblo español o que eran de raza distinta que se había impuesto por conquista y fuerza de armas! Pasó ya, gracias a Dios, tan superficial modo de considerar la historia, dividiéndola entre oprimidos y opresores, tiranos y esclavos”.

“El faltar a la fe de los tratados y a la palabra empeñada se tenía por cosa de juego o muestra de habilidad, y no anduvo inmune de este pecado nuestro Fernando el Católico. De liviandades no se hable; a nadie escandalizaban los amancebamientos y barraganías públicas; dondequiera se tropezaba con bastardos de cardenales y príncipes de la Iglesia, el adulterio era asimismo frecuentísimo. Cundía la afición a la magia y a las ciencias ocultas... ¿Para qué ennegrecer más este cuadro recordando las liviandades de Sixto IV y Alejandro VI? Si alguna prueba necesitáramos de lo indestructible del fundamento divino de la Iglesia católica, nos la daría su estabilidad y permanencia en medio de tantas tribulaciones; el no haber emanado error alguno de la Cátedra de San Pedro, fuese quien fuese el que la ocupaba, y el haber tenido la Iglesia valor y constancia para reformar la disciplina y las costumbres de la manera con que lo llevó a cabo en el siglo XVI.

Los conventos “madrigueras de facciones”.

En Málaga son destruidos los conventos de Capuchinos y de la Merced en 6 de marzo de 1873. En Cádiz, el Ayuntamiento, regido por el dictador Salvoechea, arroja de su convento a las monjas de la Candelaria y derriba su iglesia, a pesar de la generosísima protesta de las señoras gaditanas, que, en número de 500, invadieron las Casas Consistoriales y, en número todavía mayor, comulgaron al día siguiente en la iglesia del convento, cercada por las turbas, mientras que en ella se celebraba por última vez el incruento sacrificio. Al día siguiente, desalojado ya el convento por las acongojadas esposas de Jesucristo, penetró en él una turba de sicarios, destrozando ferozmente el órgano y hasta las losas y profanando las celdas con inauditas monstruosidades. El Viernes Santo, ¡a las tres de la tarde!, caía por tierra la cúpula de la iglesia, una de las mejores y más espaciosas de Cádiz. Por acuerdo de 25 de marzo sustituyó en las escuelas el Municipio gaditano la enseñanza de la religión por la de la moral universal, prohibiendo, so graves penas, que se inculcase a los niños dogma alguno positivo. Las escuelas que llevaban nombres de santos tomaron otro de la liturgia democrática, y hubo escuela de La Razón, de La Moralidad, de La Igualdad, etc. A la de San Servando quisieron llamarla de La Caridad, pero un ciudadano protestó contra semejante anacronismo, y se llamó de La Armonía. Suprimiéronse las fiestas del calendario religioso y se creó una fiesta cívica del advenimiento de la república federal.

En aquel insensato afán de destruir, hasta se arrancó de las Casas Consistoriales la lápida que perpetuaba, en áureas letras, la heroica respuesta dada por la ciudad de Cádiz a José Bonaparte en 6 de febrero de 1810. De la galería de retratos de hijos ilustres de Cádiz fueron separados con escrupulosa diligencia todos los de clérigos y frailes. El comandante de Marina tuvo que protestar contra el derribo de las dos gallardas columnas de mármol italiano, coronadas por las efigies de los santos Patronos de Cádiz, Germán y Servando, las cuales, de tiempo inmemorial, servían de baliza o marca a los prácticos del puerto. En el convento e iglesias de San Francisco se mandó establecer el Ateneo de las Clases Trabajadoras o Centro Federal de Obreros. Protestó enérgicamente el gobernador eclesiástico, y le amparó en su derecho el ministro de Gracia y Justicia, pero el Municipio prosiguió haciendo su soberana voluntad, comenzando el derribo de aquellas y otras iglesias, incautándose de los cuadros de Murillo que había en Capuchinos y en Santa Catalina, entre ellos el de la impresión de las llagas de San Francisco y el de Santa Catalina de Sena, y ocupando la iglesia de la Merced con el intento de convertirla en mercado o pescadería. Se arrojó de todos los establecimientos de beneficencia a las Hermanas de la Caridad y a los capellanes. En la Casa de Expósitos se suprimió la pila bautismal. Para armar a los voluntarios de la libertad, se sacaron a pública subasta los cálices y las custodias. Para salvar el templo de San Francisco fue menester acudir al cónsul de Francia, cuya nación podía reclamar derechos sobre una capilla.

¿A qué seguir en esta monótona relación? *Ab uno disce omnes*. En Granada, el Comité de Salud Pública promulga en 21 de julio de 1873 la Constitución del cantón federal, y en ella declara independiente la Iglesia del Estado, prohíbe todo culto “externo, ordenando a la par el mayor respeto en todas las religiones y cultos”; anula los privilegios de la Bula de Cruzada y del indulto cuadragesimal y suprime todo tratamiento jerárquico, comenzando por pedir ciertos dineros al ciudadano arzobispo, cargarle en cuenta los gastos del derribo de las iglesias, ponerle en prisiones, visto que no pagaba, y demolerle buena parte de su palacio. En Palencia, sobre si se tocaban o no las campanas para festejar el triunfo de los republicanos y su entrada en Bilbao, fueron asaltadas y horriblemente profanadas las iglesias el 2 de mayo de 1874, derramada el agua bendita, rasgados los lienzos, rotos los facistoles, desencuadernados los misales, mutiladas las imágenes, violado el sagrario y esparcidas por tierra y pisoteadas las sagradas formas, todo entre horribles imprecaciones y blasfemias tales, que no parecía sino que todos los demonios se habían desencadenado aquel día en la pacífica ciudad castellana. A tan infernal escándalo siguió forzosamente el entredicho y la cesación a divinis.

¡Y todo aquello quedó impune ante la justicia humana, aunque el pueblo decía a voz en grito los nombres de los culpables! ¡E impunes los nefandos bailes de las iglesias de Barcelona, invadidas por los voluntarios de la libertad, no sin connivencia de los altos jefes militares! Al lado de ferocidades de este calibre resultaría pálida la narración de otros atropellos de menos cuenta, y eso que podría alargarla indefinidamente, puesto que de todos los rincones de la Península poseo datos minuciosísimos. En las provincias del Norte, el general Nouvilas prohibió el toque de campanas. En algunas partes de Cataluña fueron asesinados los curas párrocos. Por dondequiera, los municipios procedieron a incautarse de los seminarios conciliares. En Barcelona, los clérigos se dejaron crecer las barbas, y hubo día en que fue imposible, so pena de arrostrar el martirio, celebrar ningún acto religioso. Todas las furias del infierno andaban desencadenadas por nuestro suelo. En Andalucía y Extremadura se desbordaba la revolución social, talando dehesas, incendiando montes y repartiéndose pastos. En Bande (Orense) fueron asesinados de una vez sesenta hombres inermes por haberse opuesto con la voz y con los puños a la tasación y despojo de sus iglesias. En muchos lugares las procesiones fueron disueltas a balazos. Entreteníanse en tanto el Gobierno de Madrid en suprimir por anacrónicas.

La revolución se había encargado de allanarle el camino quemando los conventos y degollando a sus moradores. Mendizábal cerró los monasterios y casas religiosas que aun quedaban en pie y nombró una junta de demolición, presidida por el conde de Las Navas, para que los fuese echando abajo y convirtiéndolos en cuarteles. Tras estos preliminares vino el decreto de 19 de febrero de 1836, poniendo en venta todos los bienes raíces que hubiesen pertenecido a comunidades religiosas o que por cualquier otro concepto se adjudicasen a la nación. “No se trata de una especulación mercantil -decía en el preámbulo-, ni de una operación de crédito, sino de traer a España la animación, la vida y la ventura, de completar su restauración política, de crear una copiosa familia de propietarios cuyos goces y existencia se apoyen principalmente en el triunfo completo de las actuales instituciones”.

No conviene, por un muelle y femenil sentimentalismo, apartar la vista de aquellas abominaciones, que se quiere hacer olvidar a todo trance.

“La guerra civil completó el desorden, lanzando a los estudiantes al campo y haciéndoles trocar años de aprendizaje por años de campaña. Un plan de libertad de estudios que en 1836 hizo el duque de Rivas, como ministro de la Gobernación, se quedó en el papel y no rigió un solo día. En estudiar nadie pensaba; las cátedras estaban desiertas; dos o tres universidades tenían rentas cuantiosas, dada la pobreza de los tiempos y del país, pero los doctores de las restantes vegetaban en la miseria. El título de catedrático solía ser puramente honorífico y servir de título o mérito para más altos empleos de toga o de administración. Por amor a la ciencia, nadie se consideraba obligado a enseñar ni a aprender. La enseñanza era pura farsa, un convenio tácito entre maestros y discípulos, fundado en la mutua ignorancia, dejadez y abandono casi criminal. Olvidadas las ciencias experimentales, aprendíase física sin ver una máquina ni un aparato, o más bien no se aprendía de modo alguno, porque los estudiantes solían cortar por lo sano, no presentándose en la universidad sino el día de la matrícula y del examen. Si algo quedaba de lo antiguo, era la indisciplina, el desorden, los cohechos de las votaciones y de las oposiciones. Y no se crea que las universidades eran antros del viejo oscurantismo; en realidad no eran antros de nada, sino de barbarie y desidia. Durante la guerra civil predominaron en ellas los liberales. Hubo rectores que se pusieron al frente de la Milicia Nacional, y era caso frecuente que los catedráticos, para conciliarse la popularidad de su auditorio, explicasen con morrión y fornituras, así como, por el extremo contrario, solía verse a los jefes políticos y a los coroneles presidiendo consejos de disciplina o salas de claustros. En suma: nada de lo que quedaba en las universidades españolas el año 1845 merecía vivir; respondan por nosotros todos los que alcanzaron aquellos tiempos y vieron por dentro aquella grotesca anarquía del cuerpo docente”.

Que es la razón un tormento,

y vale más delirar

sin juicio, que el sentimiento

cuerdamente analizar

fijo en él el pensamiento.

(Espronceda, *El estudiante de Salamanca*).

El Sr. Campoamor (pienso que por broma o desenfado humorístico) en su ya olvidado poema Colón escribe aquellas inverosímiles octavas, que parecen un trozo de programa schellingiano:

Del mundo, el hombre y Dios tal es la ciencia;

la creación el yo brota inflamada;

el yo es un Dios de limitada esencia,

Dios es un yo de esencia ilimitada

Y, siendo el yo creado un Dios finito,

es el Dios increado un yo infinito.

Nada me importa mi ceniza fría

donde vaya a parar; irá a la nada,

adonde va la rama abandonada,

adonde va esa flor .

“Ni por la naturaleza del suelo que habitamos, ni por la raza, ni por el carácter, parecíamos destinados a formar una gran nación. Sin unidad de clima y producciones, sin unidad de costumbres, sin unidad de culto, sin unidad de ritos, sin unidad de familia, sin conciencia de nuestra hermandad ni sentimiento de nación, sucumbimos ante Roma tribu a tribu, ciudad a ciudad, hombre a hombre, lidiando cada cual heroicamente por su cuenta, pero mostrándose impasible ante la ruina de la ciudad limítrofe o más bien regocijándose de ella. Fuera de algunos rasgos nativos de selvática y feroz independencia, el carácter español no comienza a acentuarse sino bajo la denominación romana. Roma, sin anular del todo las viejas costumbres, nos lleva a la unidad legislativa, ata los extremos de nuestro suelo con una red de vías militares, siembra en las mallas de esa red colonias y municipios, reorganiza la propiedad y la familia sobre fundamentos tan robustos, que en lo esencial aún persisten; nos da la unidad de lengua, mezcla la sangre latina con la nuestra, confunde nuestros dioses con los suyos y pone en los labios de nuestros oradores y de nuestros poetas el rotundo hablar de Marco Tulio y los hexámetros virgilianos. España debe su primer elemento de unidad en la lengua, en el arte, en el derecho, al latinismo, al romanismo.

Pero faltaba otra unidad más profunda: la unidad de la creencia. Sólo por ella adquiere un pueblo vida propia y conciencia de su fuerza unánime, sólo en ella se legitiman y arraigan sus instituciones, sólo por ella corre la savia de la vida hasta las últimas ramas del tronco social. Sin un mismo Dios, sin un mismo altar, sin unos mismos sacrificios; sin juzgarse todos hijos del mismo Padre y regenerados por un sacramento común; sin ver visible sobre sus cabezas la protección de lo alto; sin sentirla cada día en su hijos, en su casa, en el circuito de su heredad, en la plaza del municipio nativo; sin creer que este mismo favor del cielo, que vierte el tesoro de la lluvia sobre sus campos, bendice también el lazo jurídico que él establece con sus hermanos y consagra con el óleo de la justicia la potestad que él delega para el bien de la comunidad; y rodea con el cíngulo de la fortaleza al guerrero que lidia contra el enemigo de la fe o el invasor extraño, ¿qué pueblo habrá grande y fuerte? ¿Qué pueblo osará arrojarse con fe y aliento de juventud al torrente de los siglos?

Esta unidad se la dio a España el cristianismo. La Iglesia nos educó a sus pechos con sus mártires y confesores, con sus Padres, con el régimen admirable de sus concilios. Por ella fuimos nación, y gran nación, en vez de muchedumbre de gentes colecticias, nacidas para presa de la tenaz porfía de cualquier vecino codicioso. No elaboraron nuestra unidad el hierro de la conquista ni la sabiduría de los legisladores; la hicieron los dos apóstoles y los siete varones apostólicos; la regaron con su sangre el diácono Lorenzo, los atletas del circo de Tarragona, las vírgenes Eulalia y Engracia, las innumerables legiones de mártires cesaraugustanos; la escribieron en su draconiano código los Padres de Ilíberis: brilló en Nicea y en Sardis sobre la frente de Osio, y en Roma sobre la frente de San Dámaso; la cantó Prudencio en versos de hierro celtibérico: triunfó del maniqueísmo y del gnosticismo oriental, del arrianismo de los bárbaros y del donatismo africano: civilizó a los suevos, hizo de los visigodos la primera nación del Occidente; escribió en las Etimologías la primera enciclopedia; inundó de escuelas los atrios de nuestros templos; comenzó a levantar, entre los despojos de la antigua doctrina, el alcázar de la ciencia escolástica por manos de Liciano, de Tajón y de San Isidoro; borró en el Fuero juzgo la inicua ley de razas; llamó al pueblo a asentir a las deliberaciones conciliares; dio el jugo de sus pechos, que infunden eterna y santa fortaleza, a los restauradores del Norte y a los mártires del Mediodía, a San Eulogio y Álvaro Cordobés, a Pelayo y a Omar-ben-Hafsun; mandó a Teodulfo, a Claudio y a Prudencio a civilizar la Francia carlovingia; dio maestros a Gerberto; amparó bajo el manto prelaticio del arzobispo D. Raimundo y bajo la púrpura del emperador Alfonso VII la ciencia semítico-española... ¿Quién contará todos los beneficios de vida social que a esa unidad debimos, si no hay, en España piedra ni monte que no nos hable de ella con la elocuente voz de algún santuario en ruinas? Si en la Edad Media nunca dejamos de considerarnos unos, fue por el sentimiento cristiano, la sola cosa que nos juntaba, a pesar de aberraciones parciales, a pesar de nuestras luchas más que civiles, a pesar de los renegados y de los muladíes. El sentimiento de patria es moderno; no hay patria en aquellos siglos, no la hay en rigor hasta el Renacimiento; pero hay una fe, un bautismo, una grey, un pastor, una Iglesia, una liturgia, una cruzada eterna y una legión de santos que combaten por nosotros desde Causegadia hasta Almería, desde el Muradal hasta la Higuera.

Dios nos conservó la victoria, y premió el esfuerzo perseverante dándonos el destino más alto entre todos los destinos de la historia humana: el de completar el planeta, el de borrar los antiguos linderos del mundo. Un ramal de nuestra raza forzó el cabo de las Tormentas, interrumpiendo el sueño secular de Adamastor, reveló los misterios del sagrado Ganges, trayendo por despojos los aromas de Ceilán y las perlas que adornaban la cuna del sol y el tálamo de la aurora. Y el otro ramal fue a prender en tierra intacta aun de caricias humanas, donde los ríos eran como mares, y los montes, veneros de plata, y en cuyo hemisferio brillaban estrellas nunca imaginadas por Tolomeo ni por Hiparco.

¡Dichosa edad aquélla, de prestigios y maravillas, edad de juventud y de robusta vida! España era o se creía el pueblo de Dios, y cada español, cual otro Josué, sentía en sí fe y aliento bastante para derrocar los muros al son de las trompetas o para atajar al sol en su carrera. Nada aparecía ni resultaba imposible; la fe de aquellos hombres, que parecían guarnecidos de triple lámina de bronce, era la fe, que mueve de su lugar las montañas. Por eso en los arcanos de Dios les estaba guardado el hacer sonar la palabra de Cristo en las más bárbaras gentilidades; el hundir en el golfo de Corinto las soberbias naves del tirano de Grecia, y salvar, por ministerio del joven de Austria, la Europa occidental del segundo y postrer amago del islamismo; el romper las huestes luteranas en las marismas bátavas con la espada en la boca y el agua a la cinta y el entregar a la Iglesia romana cien pueblos por cada uno que le arrebataba la herejía.

España, evangelizadora de la mitad del orbe; España martillo de herejes, luz de Trento, espada de Roma, cuna de San Ignacio...; ésa es nuestra grandeza y nuestra unidad; no tenemos otra. El día en que acabe de perderse, España volverá al cantonalismo de los arévacos y de los vectores o de los reyes de taifas. A este término vamos caminando más o menos apresuradamente, y ciego será quien no lo vea. Dos siglos de incesante y sistemática labor para producir artificialmente la revolución, aquí donde nunca podía ser orgánica, han conseguido no renovar el modo de ser nacional, sino viciarle, desconcertarle y pervertirle. Todo lo malo, todo lo anárquico, todo lo desbocado de nuestro carácter se conserva ileso, y sale a la superficie cada día con más pujanza. Todo elemento de fuerza intelectual se pierde en infecunda soledad o sólo aprovecha para el mal. No nos queda ni ciencia indígena, ni política nacional, ni, a duras penas, arte y literatura propia. Cuanto hacemos es remedo y trasunto débil de loque en otras partes vemos aclamado. Somos incrédulos por moda y por parecer hombres de mucha fortaleza intelectual. Cuando nos ponemos a racionalistas o a positivistas, lo hacemos pésimamente, sin originalidad alguna, como no sea en lo estrafalario y en lo grotesco. No hay doctrina que arraigue aquí; todas nacen y mueren entre cuatro paredes, sin más efecto que avivar estériles y enervadoras vanidades y servir de pábulo a dos o tres discusiones pedantescas. Con la continua propaganda irreligiosa, el espíritu católico, vivo aún en la muchedumbre de los campos, ha ido desfalleciendo en las ciudades; y, aunque no sean muchos los librepensadores españoles, bien puede afirmarse de ellos que son de la peor casta de impíos que se conocen en el mundo, porque, a no estar dementado como los sofistas de cátedra, el español que ha dejado de ser católico es incapaz de creer en cosa ninguna, como no sea en la omnipotencia de un cierto sentido común y práctico, las más veces burdo, egoísta y groserísimo. De esta escuela utilitaria suelen salir los aventureros políticos y económicos, los arbitristas y regeneradores de la Hacienda y los salteadores literarios de la baja prensa, que, en España como en todas partes, es un cenagal fétido y pestilente. Sólo algún aumento de riqueza, algún adelanto material, nos indica a veces que estamos en Europa y que seguimos, aunque a remolque, el movimiento general.

No sigamos en estas amargas reflexiones. Contribuir a desalentar a su madre, es ciertamente obra impía, en que yo no pondré las manos. ¿Será cierto, como algunos benévolamente afirman, que la masa de nuestro pueblo está sana y que sólo la, hez es la que sale a la superficie? ¡Ojalá sea verdad! Por mi parte, prefiero creerlo, sin escudriñarlo mucho. Los esfuerzos de nuestras guerras civiles no prueban ciertamente falta de virilidad, en la raza; lo futuro, ¿quién lo sabe? No suelen venir dos siglos de oro sobre una misma nación; pero mientras sus elementos esenciales permanezcan los mismos por lo menos en las últimas esferas sociales; mientras sea capaz de creer, amar y esperar; mientras su espíritu no se aridezca de tal modo que rechace el rocío de los cielos; mientras guarde alguna memoria de lo antiguo y se contemple solidaria con las generaciones que la precedieron, aun puede esperarse su regeneración, aun puede esperarse que, juntas las almas por la caridad, tome a brillar para España la gloria del Señor y acudan las gentes a su lumbre, y los pueblos al resplandor de su Oriente.

El cielo apresure tan felices días. Y entre tanto, sin escarnio, sin baldón ni menosprecio de nuestra madre, dígale toda la verdad el que se sienta con alientos para ello. Yo, a falta de grandezas que admirar en lo presente, he tomado sobre mis flacos hombros le deslucida tarea de testamentario de nuestra antigua cultura. En este libro he ido quitando las espinas; no será maravilla que de su contacto se me haya pegado alguna aspereza. He escrito en medio de la contradicción y de la lucha, no de otro modo que los obreros de Jerusalén, en tiempo de Nehemías, levantaban las paredes del templo, con la espada en una mano y el martillo en la otra, defendiéndose de los comarcanos que sin cesar los embestían. Dura ley es, pero inevitable en España, y todo el que escriba conforme al dictado de su conciencia, ha de pasar por ella, aunque en el fondo abomine, como yo, este hórrido tumulto y vuelva los ojos con amor a aquellos serenos templos de la antigua sabiduría, cantados por Lucrecio: ¡Edita doctrina sapientum templa serena!”.

Epílogo

M. Menéndez Pelayo

7 de junio de 1882.

Protestación del autor: Todo lo contenido en estos libros, desde la primera palabra hasta la última, se somete al juicio y corrección de la santa Iglesia católica, apostólica, romana y de los superiores de ella con respeto filial y obediencia rendida.

Más ininteligible que Hegel: “Y como la esencia es realmente conocida en el ser del que es tal esencia, se infiere que lo conocido es siempre el ser en sí o en sus propiedades.» La unión de los términos en el conocimiento es unión de esencia, unión esencial. «El que conoce, siendo el mismo tal y en sí, se une con el conocido como siendo el mismo objeto y en sí tal.» Esta unión esencial funda la verdad del conocimiento. ¿Y quién nos certifica de su verdad? ¿Por ventura el conocimiento yo? ¿Pero sobre qué fundamento se conoce el yo con absoluta certeza? Sanz del Río no lo declara por ahora, pero de fijo que mi lector lo va sospechando. Ahora baste saber que la relación del conocer es relación de propiedad, de sustantividad, de seidad, y no de totalidad, y que, por tanto, el espíritu racional finito puede conocer lo infinito. El pensar se distingue del conocer en que es sólo una actividad con tendencia a efectivo conocimiento, es nuestra causalidad temporal y actual aplicada, con fuerza y energía determinada, a conocer. El conocimiento sólo es entero, según su concepto, cuando el sujeto abraza en un conocimiento racional y sistemático lo pensado. De aquí la primera ley de la lógica analítica: que conozcamos la cosa en unidad, como una, y como un todo de sus partes y sus propiedades.

Estudiando el conocer en su variedad interior, preséntanse desde luego tres cuestiones: qué conozco y pienso yo, bajo qué cualidad conocemos el objeto, cómo conozco yo. Lo que conozco y pienso yo, es, en primer lugar, a mí mismo, y en este conocimiento hay que distinguir lo común y lo individual. Este pensamiento de lo común lleva a concebir racionalmente otros seres que realicen en sí individualmente su posibilidad y su esencia, el ser común del espíritu, cada uno como el único y último en su lugar, como un yo. De aquí es fácil el tránsito a la concepción de un mundo infinito racional, que comulga con nosotros mediante el sentido y la fantasía. Por una distinción e inducción semejantes, conócenlos el cuerpo y el linaje natural humano, la naturaleza como género infinito. La unión de los dos términos naturaleza y espíritu se llama humanidad, y tiene en el schema, o representación emblemática del ser, la figura de una lenteja, de una lenteja infinita, porque aquí es finito todo, lo cual no obsta para que fuera y sobre esta humanidad quede ser y esencia que ella no es ni contiene. Es preciso indagar un término superior, ya que ni la razón por razón ni la naturaleza por naturaleza contienen en sí el fundamento de su opuesto, y menos aún el del tercer compuesto. Este término es lo infinito-absoluto, Dios, el ser por todos conceptos de ser, el ser de toda y absoluta realidad, el fundamento absoluto y todo de lo particular. Bajo él se da y determina todo lo que pensamos, y fuera de él no se da algo de ser que él mismo no sea.

A esto los profanos lo llamamos panteísmo, tan neto y preciso como el del mismo Espinosa; pero los krausistas no quieren convenir en que lo sea, y han inventado la palabra de doble sentido y alcance panentheísmo que lo mismo puede interpretarse todo en Dios que todo-uno-Dios, según se descomponga. ¿Bajo qué cualidad me conozco y pienso yo?, sigue preguntando Sanz del Río. Y responde: Bajo concepto de ser, de esencia, de unidad, de seidad (sic), de omneidad, de unión; o lo que es igual, yo soy lo que soy, el uno, el mismo, el todo yo, el unido y el primero en mí, sobre la distinción de la seidad y la totalidad. Resta considerar la forma o el cómo de lo que soy, en una palabra, cómo soy yo, a lo cual la Analítica responde: Yo me pongo, yo soy puesto. Y así como la esencia se determina al punto como unidad de la esencia, así la forma se determina como Uniformidad. En la forma se distinguen sucesivamente la relación, la contención, la composición y la posición primera, scilicet: Yo como el puesto y poniéndome, me «refiero» a mí, me apropio todo lo determinado en mí...; yo me «contengo» en y en esta forma abrazo de mí hacia dentro todo lo particular que soy yo o hago...; yo me «compongo» de mis oposiciones, bajo mi posibilidad total y una..., y, finalmente, yo me «pongo» el primero. Y aquí ocurre preguntar: ¿cómo me pongo yo? Y contesta profundamente Sanz del Río; Yo me pongo de un modo positivo, afirmándome de mí. La negación y el no es cosa puramente relativa.

Falta referir la esencia a la forma, pero no hay cosa más fácil y sencilla: yo soy lo que soy poniéndome, yo pongo mi esencia. Y esta forma de la esencia la llamamos existencia. Bajo nuestra existencia una y toda, distinguimos cuatro esencias o modalidades: existencia superior (originalidad) sobre los diferentes modos de existencia, existencia eterna, existencia temporal (efectividad) y existencia eterna-temporal o continuidad. Por eso, en toda existencia humana luchan siempre el hombre ideal, eterno, siempre posible y -determinable, y el hombre individual, el último, el efectivo.

Resumen de toda esta indagación: me conozco en realidad (como esencial, etc.), en formalidad (como puesto, etc.), en modalidad (como existente, etc.). Bajo las mismas categorías se conocen los objetos otros que el yo, y supremamente el ser infinito-absoluto, con la diferencia de que en él las esencias se conocen como infinitas y como totalidades. Tal es el principio orgánico y sintético que determina todo conocimiento en forma de ciencia.

Entra luego Sanz del Río a exponer las fuentes del conocimiento, sin apartarse mucho en esto de las opiniones vulgares en las escuelas; nos da razón del conocimiento sensible y del inteligible, del inteligible abstracto, o por noción; del inteligible puro, o ideal; del superior, o racional, y del inteligible absoluto, o ideal absoluto. Este último es el que nos interesa, porque en él está la medula del sistema. En el tal conocimiento «se conoce nuestro objeto como objeto propio y todo, en todos conceptos de tal, en toda su objetividad, en su pura, entera realidad». La verdad objetiva de este conocimiento absoluto funda el principio real de la ciencia. Este conocimiento superior, inteligible, absoluto, es en primer lugar el del yo, y después el de la naturaleza, el Espíritu, la Humanidad (o lenteja), y, finalmente, el del Ser en absoluto, y en el Ser la esencia o la realidad absolutamente.

Hemos llegado a la cúspide de la gnosis, a la intelección absoluta, a la vista real, particular de la Naturaleza, el Espíritu y la Humanidad, a la vista real, absoluta del Ser. El Ser es el fundamento del conocer y el absoluto criterio de verdad. El Ser envuelve en sí toda existencia actual y posible. El Ser funda la posibilidad de todo conocimiento finito y él es el principio inmanente de toda ciencia y de toda realidad. Pensar el Ser o pensar a Dios (la sintaxis anda por las nubes en la Analítica) es lo mismo que pensar el ser como existente, pensar la existencia real, infinita, absoluta. Al fin, Sanz del Río habla claro: ‘No hay en la realidad ningún ser fuera de Dios; no hay en la razón ningún conocimiento fuera del conocimiento de Dios’” (p. 360).

“Tengo cien lanzas combatiendo en Flandes,

mil siervos en las faldas de los Andes,

calderas y pendón, horca y cuchillo,

un condado en la tierra montañesa,

un fraile confesor de la condesa,

cien lebreles, diez parajes y un castillo”.

(Enrique López de Alarcón, 1891-1948: *Soy español*).

*nacionalcatolicismo*.

*“Quien deja a Dios por el Pueblo,*

*quien deja al Pueblo por Dios,*

*puede perderse los dos”.*

Pedro Casaldáliga

“Nunca he podido soportar el dogmatismo docente del ateísmo más incivil y más grosero, de un ateísmo a su modo troglodítico... Los que conozcan mi obra *Del sentimiento trágico de la vida* saben bien cómo siento a este respecto y que si no soy un convencido racionalmente de la existencia de Dios, de una conciencia del Universo, y menos de la inmortalidad del alma humana, no puedo soportar que se pueda hacer dogma docente del ateísmo y del materialismo. En tocando a esto llego, lo confieso, hasta a perder los estribos, y a las veces asoma en mí lo zahondo de mi conciencia española, el inquisidor que todos los españoles llevamos por tradición histórica dentro”[[7]](#footnote-8).

España, imposible quimera. *Adiós, España, adiós*

“Y siendo yo el que gobierna

todo va por la entrepierna”.

Se llama *IM4U*. Pronunciado resulta *I'm for you*. Con el IM4U la cadena puede enviar mensajes al ordenador de su cliente.

**E**n lugar de gozar de la pluralidad de idiomas, los españoles se han embarcado en una especie de Babel con las guerras lingüísticas que aún colean en esta *pene-ínsula*, apenas isla, cuyo esperpento no conoce límites, y lo digo en serio, pues hasta en la Universidad Pontifica de México he ido a toparme con un clérigo catalán allí docente desde hace un cuarto de siglo, el cual no pierde la ocasión de arremeter contra el escudo de dicha Universidad mexicana, surgida en el 1553 de la Pontificia de Salamanca, en el cual escudo dos de sus cuadrantes lucen leones y los otros dos castillos (Castilla y León), todo ello coronado por la tiara pontificia. Eso no lo soporta este prete catalán provinciano. Lástima que en México no se puedan dar las clases *en catalá*, para relajar a este buen hombre... Yo me digo: ¿qué sería de España si tuviera los cuarenta idiomas distintos que tiene, por ejemplo, México, amén de un incontable número de dialectos? ¿cuántas guerras habríamos organizado ya para celebrarlo?

A falta de un *lógos*, la única *ratio* que se ha impuesto cual neolenguaje universal es el logotipo de la empresa,

Esto ex lo que ex

**Volver con la frente marchita...**

“¡Atención! Radio Sevilla.

Queipo de Llano es quien ladra,

quien muge, quien gargagea,

quien rebuzna a cuatro patas.

¡Radio Sevilla! Señores:

aquí un salvador de España»

(Rafael Alberti: Radio Sevilla).

Cara al Sol con la camisa nueva que tú bordaste en rojo ayer, arriba Españas a vencer que en España empieza a amanecer: “Diecisiete mil jóvenes españoles se han concentrado, el pasado día 8, ante el Caudillo en El Pardo. Una presencia de testimonio físico y espiritual de una juventud que está ahí y quiere testimoniar su lealtad y fidelidad al Movimiento y a su Jefe nacional. Sin embargo fue una concentración sin garra. Una concentración que nos hizo añorar las concentraciones del Frente de Juventudes. Y esto es bien triste, al menos para los que nos sentimos falangistas y aún recordamos el aire marcial, el ímpetu y talante de aquellas formaciones que en otra hora desfilaron ante el Generalísimo, con sus canciones vibrantes al aire limpio de España. Y lo más lamentable, la ausencia del Cara al Sol al final del acto. Es la corriente dominante de dar a estas reuniones un tono de asepsia, de que nadie pueda pensar que aquello es falangista, olvidándose de que el *Cara al Sol* es patrimonio de todos los hombres del 18 de Julio y canto de afirmación, fe y esperanza. Y alguien también nos dijo que el propio Franco esperaba escuchar la canción y dar los gritos de rigor. Pero nadie inició sus estrofas”[[8]](#footnote-9).

Aunque para los ricos la puerta de acceso a la cárcel se comuniquen con la de salida y se abra antes de cerrarse, no ha habido más remedio que entrullar a personajes de la *jet* en los últimos años, ¡cuántos granujas, trincones, pillos, golfos, pícaros, rufianes y trileros han forrado sus riñones con el trabajo ajeno en la España que iba a gozar de un baño regeneracionista sin precedentes! Pero no pasa nada, haya paz: *superiorum mutua adulatio. Inferiorum legitima murmuratio. Omnium lauta manducatio. Nulla rerum inmutatio. Omnia videre. Pauca monere. Multa dissimulare.*

España, república de burgueses y monarquía del dinero

*El nuevo ethos desacralizador de la burguesía española*

*De la supuesta herejía a la real apostasía*

La España católica se ha automutilado para engordar al criptoburgués que lleva dentro (o al burgués no tan *cripto*, más *criptiano* que cristiano), pero no al modo como hace la lagartija que para salvar el resto cede de buen grado la cola que luego vuelve a ganar recomponiendo su figura auténtica, sino entregando buena parte de su propia identidad a Mammona. Una apostasía a gran escala ha sustituido en *Expaña* a las anteriores voluntades de herejía. España es la historia de una realidad que ha ido de la herejía a la apostasía porque, a pesar de tener un pasado milenario, al parecer no ha tenido aún el suficiente tiempo como para construirse su propia ortodoxia. La ayer cacareante catolicidad española ha dividido la verdad en dos y de esta división no se han producido dos verdades sino dos errores. Cada uno de nosotros lleva dentro una parte proporcional del burgués: un 5%, un 25%, un 50%... lo que sucede es que el burgués se irrita más dentro de sí, cuanto más parte lleva, como un demonio en un poseído. Tiende el burgués al prestigio, pero nunca estará bien, más aún, estará peor cuanto mejor quiera aparecer. Todo este trajín busca denodadamente la felicidad, pero ¿cómo ser feliz con estos mecanismos de erosión interna? De ahí tantas vidas sin sentido.

*¡Cuidado con los puristas!*

Pero, mientras esa burguesía apostata de la militancia, el mundo es una montaña de mierda que hay que quitar con las manos. Lo importante es no ensuciarse el corazón.

*Cualquier tiempo pasado no fue, necesariamente, mejor*

Y ¿cómo se reemprende este camino hacia la humanación de los libres? Manuel Lezcano

«Los cristianos no se distinguen de los demás hombres ni por su tierra ni por su habla, ni por sus costumbres. Porque ni habitan ciudades exclusivas suyas, ni hablan una lengua extraña, ni llevan un género de vida aparte de los demás... habitando ciudades griegas o bárbaras, según la suerte que a cada uno le cupo y, adaptándose en vestido, comida y demás género de vida a los usos y costumbres de cada país, dan muestras de un tenor de peculiar conducta admirable y, por confesión de todos, sorprendente. Habitan sus propias patrias, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos y todo lo soportan como extranjeros; toda tierra extraña es para ellos patria, y toda patria tierra extraña». Para el cristiano su propia patria carnal ha perdido ya su sacralidad en favor de la Jerusalén de lo alto[[9]](#footnote-10) y todo humano está invitado a la experiencia de la nueva patria. En otro tiempo los paganos eran extranjeros para Israel[[10]](#footnote-11), pero ahora comparten con los judíos el honor de ser conciudadanos; de este modo el cielo deviene la verdadera patria, de la que Israel, escogida entre las terrenales, era figura llena de sentido, pero provisional. Acá no tenemos domicilio permanente[[11]](#footnote-12). Por sobre el rincón de tierra en que estemos enraizados, nos debemos a la patria grande y eterna, aquella donde viviremos con ellos para siempre.

Y todos tan supercontentos, como Carlos V decía de Francisco I: “Mi primo Francisco y yo estamos por completo de acuerdo: los dos queremos Milán”.

1. Mallada, L: *Los males de la patria*. Editorial Fundación Banco Exterior, Madrid, 1990, pp. 193-198. [↑](#footnote-ref-2)
2. *Op. cit.* pp. 191-201. [↑](#footnote-ref-3)
3. *El atraso de España.* Editorial Fundación Banco Exterior, Madrid, 1989, pp. 174-176. [↑](#footnote-ref-4)
4. *Op. cit.* p. 45. [↑](#footnote-ref-5)
5. Umbral, F: In El Mundo, 9-XI-1996. [↑](#footnote-ref-6)
6. Scholl, S: *Historia del movimiento obrero cristiano.* Nova Terra, Barcelona, 1964 [↑](#footnote-ref-7)
7. 7/XII/1917. [↑](#footnote-ref-8)
8. Fuerza Nueva, 21/XII/1974. [↑](#footnote-ref-9)
9. *Gál* 4,26; *Flp* 3,20. [↑](#footnote-ref-10)
10. *Ef* 2,12. [↑](#footnote-ref-11)
11. *Heb* 13,14. [↑](#footnote-ref-12)